

## 11. Practicar la suprema lealtad a Cristo

Efesios 6:1-9

**A**yham Azad, de ocho años, sabe lo que es ser a la vez niño y esclavo. En una entrevista televisiva, se muestra sombrío y alegre a la vez. Su alegría es sorprendente, teniendo en cuenta todo lo que ha vivido. Cuando tenía cuatro años, vio cómo su aldea yazidí, en el norte de Irak, era atacada y los miembros de su familia ejecutados por devotos del ISIS, que luego lo secuestraron.

Llevado a Raqqa, fue vendido como esclavo a Moussah, un combatiente del ISIS, y a su esposa estadounidense, Sam. Durante un par de años, Ayham vivió con la familia, aprendió inglés y se hizo amigo de Yusef, el hijo de Sam. Mientras Sam y Yusef se hacían amigos suyos, Ayham experimentó la dura realidad de ser un esclavo a manos de Moussah. Fue adiestrado para disparar armas y obligado a participar en la filmación de un vídeo de propaganda del ISIS. Con la familia, soportó el pánico desgarrador de los bombardeos de la coalición estadounidense. Cuando le preguntaron si le daba miedo vivir con el ISIS, Ayham respondió afirmativamente. El entrevistador le volvió a preguntar: “¿Por qué?” Ayham respondió con tristeza: “Asustaba a todo el mundo, no solo a mí. Todos los días matan gente. Sí, todos los días, siempre”.<sup>42</sup>

### Niños y esclavos en Éfeso

Nos equivocamos terriblemente si imaginamos que vivimos en un mundo donde la esclavitud está abolida y los niños son tratados con cuidado y

respeto por igual. Cuando Pablo habla de las relaciones entre hijos y padres, y entre esclavos y amos, lo hace en un contexto cultural que, como el nuestro, es complejo. Ser niño en la Éfeso del siglo I era una tarea difícil. Un 3 % de la población vivía en la abundancia, como demuestran las famosas “casas terraza” de Éfeso. El resto de la población —el 97 %— vivía apenas por encima, por debajo o en el nivel mismo de subsistencia. Entre las condiciones de la época se contaban las elevadas tasas de mortalidad infantil, que influían sobre la escasa valoración de los niños. Los padres tenían el derecho legal de “exponer” a un recién nacido, es decir, dejarlo a la intemperie para que muriera o fuera “adoptado” por un traficante de esclavos. Este derecho se ejercía a menudo en el caso de las niñas recién nacidas, especialmente por parte de los pobres. Las tasas de mortalidad entre los niños menores de cinco años también eran elevadas: solo la mitad de ellos sobrevivía hasta esa edad.

Los hijos de esclavos vivían vidas especialmente difíciles e inseguras. Al nacer, ya eran esclavos. La relación entre sus padres era informal, sujeta a la voluntad del amo, al igual que su propio apego a su núcleo familiar, ya que podían ser vendidos en cualquier momento. Obligados a trabajar desde muy pequeños, solo les esperaba una vida de trabajo duro. Estaban completamente sometidos a las órdenes del amo. El amo controlaba incluso la vida sexual de los esclavos, y podía exigirles favores sexuales para sí mismo o para quien quisiera.

Aunque algunos esclavos domésticos podían aspirar a la “libertad”, o manumisión, en torno a los treinta años, se trataba de una edad avanzada en una época en la que la esperanza de vida era mucho menor que en la actualidad. Además, con la llamada “libertad”, un esclavo se convertía en un “liberto”, lo que apenas se parecía a la existencia de una persona nacida libre. El esclavo manumitido (emancipado) conservaba una identidad perdurable y degradante

como esclavo, así como una relación ligada al antiguo amo, que aún podía exigirle diversas tareas y podía revocar su manumisión si le resultaba económicamente ventajoso hacerlo.<sup>43</sup>

## **A hijos y padres: Acuérdense de Jesús**

Este esbozo pone de relieve la forma y el contenido de los consejos de Pablo a hijos y padres, y a esclavos y amos de esclavos, ya que la carga de su mensaje a padres y amos de esclavos no es reforzar y aumentar su poder (el enfoque habitual de la época). Por el contrario, hace que los tiernos valores del evangelio, y especialmente la lealtad al Padre y Amo, influyan sobre el comportamiento de padres y amos. En su consejo fuertemente contracultural, Pablo habla no solo a los padres acerca de los hijos, como hacían los moralistas de la época; habla también a los hijos. Pablo escribe estas palabras para que sean leídas en voz alta en los hogares-iglesia cristianos, sabiendo que los niños estarían presentes. Al dirigirse directamente a ellos, los honra, reconociéndolos como participantes del culto cristiano primitivo y como miembros de la familia cristiana.

Al pedir a los hijos que obedezcan a sus padres, añade una frase de peso: “Hijos, obedezcan en el Señor a sus padres” (vers. 1; cursiva añadida). Pablo reconoce a los hijos como creyentes. Son discípulos del Señor Jesucristo (ya que “Señor” en Efesios designa regularmente a Jesús). Deben pensar en cómo se relacionan con sus padres en el contexto de una relación aún más importante, su relación con el Jesús exaltado.

Para apoyar su exhortación a los hijos, Pablo cita el quinto Mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”. Pero interrumpe la cita para realizar una observación: “Es el primer mandamiento con promesa”. Y luego concluye: “Para que te vaya bien y vivas largo tiempo sobre la tierra” (vers. 2, 3, citando Éxo. 20:12; cf. Deut. 5:16). Habla directamente a los niños, compartiendo un Mandamiento lleno de promesas. Cree que los

Mandamientos y las promesas de la Biblia son para ellos. Cree que el Señor los ama y desea para ellos una vida buena y larga (vers. 3).

¿Te imaginas a un par de niños sentados cerca de la fuente del patio, arrojando piedrecitas en ella mientras escuchan la carta de Pablo? Cuando oyen la palabra “niños” se detienen, con las piedras quietas en la mano, captando el tono de respeto hacia ellos. Toda la carta cobra vida al recordarles la importancia de su relación con Jesús. Estas breves palabras dirigidas a ellos no son un “cuento para niños” intercalado en una carta destinada a los adultos. Si Pablo tiene razón al decir que están “en el Señor”, significa que Dios les dio “vida junto con Cristo” y los “sentó en el cielo con Cristo Jesús” (Efe. 2:5, 6), que han sido reconciliados “con Dios [...] en un solo cuerpo mediante la cruz” (vers. 16)... y todo lo demás. ¡Todo es suyo en Jesús!

Para los padres, Pablo brinda consejos tanto en negativo como en positivo. En negativo, no deben provocar a sus hijos, haciéndolos enojar innecesariamente para afirmar la autoridad paterna. En positivo, deben educarlos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efe. 6:4), para darles una instrucción y una exhortación que tengan al Señor Jesús como centro y punto de referencia. Se trata de “enseñar y corregir a los hijos con el ejemplo práctico y con palabras que tengan por objeto formar vidas conforme a la enseñanza acerca de Cristo, el Señor”. Este enfoque en Cristo “habría dado a la relación entre niños cristianos y padres un carácter distintivo”<sup>44</sup>

Al repasar Efesios 6:1 al 4, observamos que Pablo comienza su consejo a los hijos argumentando que su obediencia debe ser “en el Señor” (vers. 1); y concluye su consejo a los padres con el llamado a brindarles a sus hijos una educación centrada en Cristo, “en disciplina y amonestación del Señor”

(vers. 4). Señala, al principio y al final del pasaje, la importancia de apreciar, respetar y fomentar la relación que los niños tienen con Jesús.

La historia del llamado de Dios al niño Samuel (1 Sam. 3:1-21) es una poderosa narración bíblica que reafirma el mandato de respetar la relación entre los niños y su Dios. Ocurrió en una época en la que Dios no hablaba frecuente y directamente a su pueblo (vers. 1). Dios quiebra el tenso silencio, susurrando tres veces en la noche a un niño, pronunciando su nombre: “¡Samuel!” (vers. 4-8). En el momento en que esto sucede, Samuel “no había conocido aún al Señor, ni le había sido revelada palabra del Señor” (vers. 7). Mientras “ministraba al Señor” (vers. 1) y dormía cerca del “arca de Dios” (vers. 3), seguramente habrá oído hablar del Señor. Pero hay una diferencia entre conocer del Señor y conocer al Señor, y esa experiencia más profunda no se había producido aún en la vida de Samuel. Cada vez que Dios susurra, Samuel aparta las sábanas de la cama y corre hacia Elí. Al llegar al lado del sacerdote somnoliento, repite la misma explicación cortés: “Aquí estoy, ¿para qué me has llamado?” (vers. 5, 6, 8).

Si llega un momento en la vida de cada niño en que el Señor comienza a hablarle al corazón y a la mente, susurrándole en la noche, Elí presenta a los padres, docentes y maestros de Escuela Sabática un importante ejemplo. Le llevó un tiempo, igual que a nosotros nos lleva reconocerlo, pero finalmente “entendió que el Señor estaba llamando al joven” (vers. 8). Elí percibe esta verdad: ¡“El Señor” está “llamando al joven”! Debemos estar atentos a ese momento en la vida de los niños que Dios ha confiado a nuestro cuidado y maravillarnos al darnos cuenta de que el Señor del universo está hablando a esa niña o a ese niño. Como Elí, debemos apreciar y respetar esta nueva realidad. Le dice al niño que responda al saludo del Señor de esta manera: “Habla, Señor, que tu siervo oye” (vers. 9). Así, “el Señor vino y volvió a

llamar como las otras veces: ‘¡Samuel, Samuel!’ ” Samuel responde como se le ha ordenado, aunque no se atreve a utilizar el nombre divino “Jehová” o “Señor”: “Habla, que tu siervo oye” (vers. 10).

Se establece la conexión entre el Señor y el muchacho. Samuel ahora conoce al Señor. Inmediatamente, el Señor confía en el muchacho, compartiendo con él su terrible e irrevocable juicio sobre la casa de Elí, la primera de las muchas revelaciones que luego le hará (vers. 19-21). Al aceptar el difícil mensaje de Samuel, Elí aprecia y respeta la relación de Samuel con el Señor, tal como Pablo nos anima a hacer en Efesios 6:1 al 4. ¿Por qué es tan importante este punto? Porque “lo único más importante que” la obediencia de nuestros hijos hacia nosotros es “su obediencia a la Voz de lo Alto”.<sup>45</sup>

## **A los esclavos y a los amos de esclavos: Sirvan a Jesús**

Pablo habla más extensamente a los esclavos (vers. 5-8) que a los amos de esclavos (vers. 9). Al dirigirse a ambos, plantea un tema común: no olviden su relación más importante. Todos son –esclavos y amos por igual– esclavos del Cristo exaltado. Al exponer este tema para los esclavos, Pablo les pide que hagan una gran sustitución en su pensamiento y su comportamiento: “Pongan al Cristo exaltado en el lugar que la cultura ha reservado para su supuesto amo. No se limiten a servirlo a él, ¡sirvan a Cristo!”

Imagina que entras en tu clase de Física de la escuela secundaria, justo a tiempo para oír al director anunciar que tu profesor está enfermo y que llegará un suplente. Cinco minutos más tarde, llega el sustituto, un señor mayor desaliñado y todo despeinado. Miras la foto de la tapa de tu libro de Física y vuelves a mirar al suplente para confirmar que ¡Albert Einstein

acaba de entrar en el aula!

Pablo llama repetidamente a realizar una sustitución aun más dramática: Jesús en lugar del amo de los esclavos.

1. “Esclavos, obedezcan a sus amos terrenales con profundo respeto y temor” (vers. 5).<sup>46</sup> Al referirse a sus amos como “amos terrenales”, el pasaje ya anuncia el mensaje central de Pablo: estos esclavos cristianos no solo tienen un amo terrenal, sino también un Amo celestial.
2. “Tal como servirían a Cristo” (vers. 5). Es difícil –incluso imposible– servir a tu falible (y, a veces, violento) amo con dedicación y devoción. Para servir con “sincero corazón”, tendrás que hacer un intercambio importante. Dirige tu servicio verdadero y sincero a Cristo, el Amo celestial, en lugar de dirigirlo a tu amo terrenal.
3. “Traten de agradecerlos todo el tiempo, no solo cuando ellos los observan” (vers. 6). No con el ojo puesto en el amo, buscando agradecer a un mero ser humano que no es tu verdadero y supremo Amo.
4. “Como esclavos de Cristo, hagan la voluntad de Dios con todo el corazón” (vers. 6). Ustedes tienen una identidad alternativa, más verdadera e importante que ser esclavos de su amo terrenal. Ustedes son esclavos de Cristo. Viviendo con esa identidad, serán capaces de servir de todo corazón.
5. “Trabajen con entusiasmo, como si lo hicieran para el Señor y no para la gente” (vers. 7). Otra vez aparece el reemplazo: el Señor Jesús en lugar de un simple hombre.
6. “Recuerden que el Señor recompensará a cada uno de nosotros por el bien que hagamos, seamos esclavos o libres” (vers. 8). Una vez más, Pablo pide una sustitución. Los esclavos de Cristo deben buscar en Cristo, y no en el amo terrenal, la recompensa por su trabajo, una idea que Pablo amplía para incluir a todos.

Luego de haber afirmado el principio de reconocer a Cristo como el verdadero Amo, el apóstol extiende la idea a la experiencia de los amos de los esclavos, comenzando su consejo para ellos de una manera sorprendente: “Y ustedes, amos, hagan con ellos lo mismo” (vers. 9). Puedo oír la respuesta en voz baja del amo al oír estas palabras de Pablo: “¿Qué?”

¿Se supone que debo tratar a mi esclavo como él me trata a mí? ¿Adónde ha ido a parar este mundo?” Para Pablo, la relación entre esclavos y amos es una relación recíproca fundamentada sobre la idea de que Cristo es, en realidad, el verdadero Amo de todos.

Pablo continúa razonando así con los amos de esclavos: “Puesto que tú, amo de esclavos, no eres el verdadero y último Amo, no tienes derecho a amenazar a tus esclavos. Compartes el verdadero Amo con tus esclavos. Todos ustedes lo sirven a él, el Amo celestial, que no utiliza categorías y etiquetas humanas, clasificando a uno como ‘esclavo’ y a otro como ‘amo’. ¡Él no tiene preferencia por uno sobre el otro!” (ver el vers. 9).

El repetido llamado de Pablo a poner a Cristo en lugar de los demás resuena a lo largo de los milenios. En nuestras relaciones, especialmente cuando nos irritan y nos agobian, podemos mirar hacia arriba y encontrar una nueva orientación y estímulo en el reconocimiento del Cristo exaltado. ¿Cómo podría ver al Señor en las personas falibles, problemáticas y egoístas de mi vida? ¿Y cómo podría percibir a Cristo en aquellos que estoy tentado a pasar por alto –incluidos los niños esclavos como Ayham Azad–, mientras nos acercamos a la declaración final de Cristo: “Les aseguro, cuanto hicieron a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicieron” (Mat. 25:40)?